



LUC FERRY | APRENDER A VIVIR | BS. AIRES: TAURUS | 2007

Con el paso de los años, he ido adquiriendo la convicción de que estudiar, aunque sólo sea un poco de filosofía, es algo de un valor incalculable para todo hijo de vecino, incluidos aquellos para los que nunca será una vocación. Y ello por dos razones muy simples.

La primera es que sin filosofía no se puede entender nada del mundo en que vivimos. Es el tipo de formación más clarificadora que existe, bastante más que la que proporcionan las ciencias históricas. ¿Por qué? Simplemente porque prácticamente la totalidad de nuestros pensamientos, de nuestras convicciones, pero también de nuestros valores, se inscriben, sin que nosotros seamos conscientes en todo momento, en el marco de alguna de las grandes visiones del mundo elaboradas y estructuradas por el hilo que recorre la historia de las ideas. Resulta indispensable comprenderlas para poder hacerse con su lógica, tener amplitud de miras, entender lo que está en juego, etc. Algunas personas pasan gran parte de su vida anticipando las desgracias, preparándose para la catástrofe, (la pérdida de un empleo, un accidente, una enfermedad, la muerte de un ser querido...). Otras, por el contrario, viven aparentemente en la despreocupación más absoluta. Pero tanto unos como otros consideran que las cuestiones de este tipo no deben gozar de derecho de ciudadanía en la existencia cotidiana, que proceden de un gusto por el morbo que conviene calificar de patológico. ¿Acaso saben, tanto unos como otros, que estas actitudes hunden sus raíces en visiones del mundo cuyos defensores y detractores ya las han explorado con una profundidad inaudita desde los tiempos de los filósofos de la Grecia antigua?

La opción por una ética igualitaria y no aristocrática, la elección de una estética romántica en vez de una clásica, el apego o el desapego hacia las cosas y los seres teniendo en cuenta el hecho de la muerte, la adhesión a ideologías políticas autoritarias o liberales, amar la naturaleza y los animales más que a los hombres, al mundo salvaje más que a la civilización, todas estas opciones y muchas más formaron parte de grandes construcciones metafísicas antes de convertirse en opiniones que se ofrecen, como si de un gran mercado se tratase, al consumo de los ciudadanos. Los desacuerdos, los conflictos, las posturas que se adoptan en los orígenes, siguen estando en la base, lo sepamos o no, de nuestras reflexiones y nuestros propósitos. Estudiarlos hasta el límite que esté a nuestro alcance, captar sus fuentes más profundas, supone dotarse de los medios no sólo para ser más inteligentes, sino también más libres. No veo en nombre de qué deberíamos

privamos de esta posibilidad.

Pero, a la vez que ganamos en comprensión, en inteligencia respecto a nosotros mismos y a los demás a través del estudio de las grandes obras de nuestra tradición, debemos tener presente que de lo que se trata, simplemente, es que puedan ayudarnos a vivir mejor, con más libertad. Muchos pensadores contemporáneos lo dicen hoy, cada cual a su manera. En ocasiones uno no filosofa para divertirse; tampoco únicamente para comprender el mundo o entenderse a sí mismo, sino “para salvar el pellejo”. A través de la filosofía podemos vencer los miedos que paralizan nuestra vida, es un error creer que la psicología podría sustituirla hoy en esta tarea.

Aprender a vivir, a dejar de temer en vano los diversos rostros de la muerte o, simplemente, aprender a superar la banalidad de la vida cotidiana, el aburrimiento y el tiempo que pasa, éste fue el primer objetivo que se fijaron las escuelas de la Antigüedad Griega. Merece la pena entender su mensaje porque, a diferencia de lo que sucede en el ámbito de la historia de las ciencias, las filosofías del pasado nos siguen hablando. He aquí un extremo que ya por sí solo merece que le dediquemos una reflexión.

Cuando se demuestra que una teoría científica es falsa, cuando se refuta a través de otra manifiestamente más verdadera, cae en desuso y ya no interesa a nadie (al margen de algunos eruditos). Pero las grandes cuestiones filosóficas sobre saber vivir, que se formularon en la noche de los tiempos, siguen estando presentes. Desde este punto de vista, se podría comparar la historia de la filosofía, más que con la historia de la ciencia, con la historia del arte. Del mismo modo que las obras de Braque o de Kandinsky no son “más bellas” que las de Vermeer o Manet, las reflexiones de Kant o Nietzsche en torno al sentido o la falta de sentido de la vida no son mejores (ni, por lo demás, peores) que las de Epicteto, Epicuro o Buda. Existen propuestas sobre cómo se puede entender la vida, actitudes que se adoptan ante la existencia que nos siguen hablando a través de los siglos y que nada puede convertir en obsoletas. Así, por mucho que las teorías científicas de Ptolomeo o Descartes estén totalmente “superadas” y no tengan ya más interés que el puramente histórico, podemos seguir bebiendo en la sabiduría de los antiguos, como podemos seguir amando un templo griego o una caligrafía china que están igual de vivos en pleno siglo XXI. (Págs. 17-20)

Partiremos de una consideración muy simple, pero contiene el germen de la pregunta central de toda filosofía: el ser humano, a diferencia de Dios, si es que existe, es mortal o, por decirlo como los filósofos, es un ser “finito”, limitado en el espacio y en el tiempo. Pero a diferencia de los animales, es el único ser que tiene conciencia de sus límites. Sabe que va a morir y que también morirán sus seres queridos. No puede evitar hacerse preguntas ante una situación que, a priori, resulta inquietante, por no decir absurda o insoportable. Y evidentemente, ésta es la razón por la que en primer lugar se acerca a las religiones que le prometen la salvación. (Pág. 23)

Los filósofos griegos (esto vale especialmente para los estoicos) creían que el pasado y el futuro son los dos males que pesan sobre la vida humana, los dos focos de los que surgen todas las angustias que acaban echando a perder la única dimensión de la existencia que merece la pena vivir, simplemente porque se trata de la única real: la del instante presente. Les gustaba subrayar que el pasado ya es y el futuro aún no es y que, por tanto, vivimos casi toda nuestra vida entre recuerdos y proyectos, entre la nostalgia y la esperanza. Pensamos que seríamos mucho más felices si finalmente consiguiéramos esto o aquello, zapatos nuevos o un ordenador más potente,

otra casa, más vacaciones, otros amigos... Pero a fuerza de lamentar lo pasado o de esperar lo que está por venir acabamos por desperdiciar la única vida que merece la pena ser vivida, la que surge del aquí y del ahora, y que seguramente no sabemos apreciar como se merece. (Pág.29)

---

La filosofía, todas las filosofías, por muy distintas que sean las respuestas que intentan aportar, también promete ayudarnos a escapar de estos miedos primitivos. Comparte con las religiones, al menos en origen, la convicción de que la angustia nos impide vivir bien: no es ya que nos impida ser felices, es que tampoco nos deja ser libres. Éste es un tema omnipresente entre los primeros filósofos griegos: uno no puede ni pensar en actuar libremente cuando está paralizado por esa inquietud sorda que genera, por muy inconsciente que sea, el miedo a lo irreversible. Se trata, por tanto, de invitar a los seres humanos a "salvarse".

Pero, como ya habrás comprendido a estas alturas, esa salvación no puede proceder de *Otro*, de un ser trascendente (lo que significa "exterior y superior" a nosotros), debe provenir de *nosotros mismos*. La filosofía quiere que nos aclaremos recurriendo a nuestras propias fuerzas, con la simple ayuda de la razón o que, al menos, aprendamos a utilizarla como es debido, con audacia y firmeza. A esto es a lo que, con toda seguridad, se refería Montaigne cuando hablando de la sabiduría de los antiguos filósofos griegos, nos aseguraba que "filosofar es aprender a morir".

Así pues, ¿toda filosofía está abocada a ser atea? ¿No puede haber una filosofía cristiana, judía, musulmana? Y si puede existir, ¿en qué sentido? Dicho de otra manera ¿qué estatuto debemos otorgar a grandes filósofos que como Kant o Descartes fueron creyentes? Por otro lado puedes preguntar ¿por qué rechazar las promesas que hacen las religiones? ¿Por qué no aceptar con humildad el sometimiento a las leyes de una doctrina de la salvación en la que "esté presente Dios"?

Por dos razones principales que se encuentran ya, sin duda, en los orígenes de toda filosofía.

En primer lugar, y sobre todo, porque la promesa que nos hacen las religiones para calmar la angustia producida por la muerte, a saber, aquella según la cual somos inmortales y vamos a reencontrarnos tras la muerte biológica con aquellos a los que amamos es, como si dijéramos, demasiado bonita para ser cierta. También demasiado bonita y asimismo muy poco creíble es la imagen de un Dios que sería como un padre para sus hijos. ¿Cómo conciliarla con la insoportable repetición de masacres y desgracias que amenazan con aplastar a la humanidad? ¿Qué padre dejaría a sus hijos en el infierno de Auschwitz, de Ruanda, de Camboya? Un creyente diría, sin duda, que es el precio que hay que pagar por la libertad, que Dios ha hecho a los hombres libres y que no se le debe imputar el mal que ellos mismos generan. Pero ¿qué decir de los inocentes? ¿Qué decir de los millares de niños pequeños martirizados en el curso de la comisión de innobles crímenes contra la humanidad? Un filósofo acaba por poner en duda que las respuestas que ofrecen las religiones basten. Siempre termina por pensar algo más o menos parecido a que la fe en Dios, fundamentada en el rechazo, en la necesidad de consuelo, nos puede hacer perder en lucidez lo nos hace ganar en serenidad. Siempre teniendo presente que respeta a los creyentes. No pretende necesariamente que estén equivocados, que su fe sea absurda ni, mucho menos, tener la certeza de la inexistencia de Dios. ¿Cómo, por otra parte, podría demostrarse que Dios no existe? Lo que ocurre simplemente es que carece de fe, eso es todo, y en estas condiciones se ve abocado a buscar en otra parte, a pensar de otra manera.

Pero hay más. El bienestar no es el único ideal sobre la tierra. La libertad es otro. Y si la religión calma la angustia convirtiendo la muerte en una ilusión, se arriesga a hacerlo al precio de la libertad de pensamiento. Porque siempre exige que, en mayor o menor medida, y como

contrapartida al sosiego que pretende procurar, se abandone la razón para hacer sitio a la fe, que abandone el espíritu crítico para poder creer. Quiere que seamos, de cara a Dios, como niños pequeños, no como adultos a los que, en último término, no ve sino como razonadores arrogantes.

Filosofar en lugar de creer supone, en el fondo, al menos desde el punto de vista de los filósofos, que evidentemente no es el de los creyentes, preferir la lucidez al confort, la libertad a la fe. En verdad se trata, en cierto sentido, de “salvar el pellejo”, pero no a cualquier precio.

Puede que me preguntes por qué, si en lo esencial la filosofía no es sino una búsqueda de la vida buena más allá de la religión, una *búsqueda de salvación sin Dios*, se la presenta con toda naturalidad en los manuales como el “arte del bien pensar”, del desarrollo del espíritu crítico, de la reflexión o la autonomía individual. ¿Por qué la comunidad política, la televisión, la prensa, la reducen tan fácilmente a un compromiso moral que enfrenta, en el ámbito del mundo tal y como es, a lo justo con lo injusto? ¿Acaso el filósofo por excelencia no es siempre quien comprende lo que es, para después implicarse e indignarse ante los malos tiempos que corren? ¿Qué lugar debemos acordar a estas otras dimensiones de la vida intelectual y moral? ¿Cómo conciliarlas con la definición de filosofía que acabo de esbozar? (Págs. 31-34)

*Las tres dimensiones de la filosofía: la inteligencia de lo que es (teoría), la sed de justicia (ética) y la búsqueda de salvación (sabiduría)*

Aunque la búsqueda de una salvación al margen de Dios esté en el corazón de todo gran sistema filosófico, aunque éste sea su objetivo final y último, no se podría alcanzar sin pasar por una reflexión profunda en torno a la inteligencia de lo que es, lo que por lo general solemos denominar teoría, y de lo que debería ser o lo que habría que hacer, lo que habitualmente llamamos ética.

La razón es fácil de entender.

Si la filosofía, al igual que las religiones, hace de la reflexión sobre la finitud humana su fuente más originaria, del hecho de que nosotros, simples mortales, tenemos los días contados y que somos los únicos seres en el mundo plenamente conscientes, de ello se desprende que no podamos eludir la cuestión de qué debemos hacer en ese tiempo limitado. A diferencia de los árboles, las ostras o los conejos, no dejamos de hacernos preguntas sobre nuestra relación con el tiempo, sobre cómo debemos emplearlo o en qué debemos ocuparlo, tanto si es por un lapso breve, la hora o la mañana que viene, como si se trata de un periodo más largo, el mes o el año en curso. Inevitablemente, quizá con ocasión de una ruptura, de un suceso brutal, acabamos preguntándonos qué hacemos, qué podríamos o deberíamos hacer con toda nuestra vida.

En otras palabras, la ecuación “mortalidad + conciencia de ser mortal” es un cóctel que contiene el germen de todos los interrogantes filosóficos. Filósofo es aquel que, ante todo, piensa que no estamos aquí “de turismo”, para divertirnos. O, mejor dicho, aunque en contra de todo lo que acabo de afirmar, acabara llegando a la conclusión de que lo único que merece la pena ser vivido es la diversión, esta certeza será el resultado de un pensar, de una reflexión y no de un reflejo condicionado. Lo que implica que ha tenido que recorrer tres etapas: la de la *teoría*, la de la *moral* o la *ética* y, finalmente, la correspondiente a la conquista de la *salvación* o la *sabiduría*. (Págs. 34-35)